

“...en la Plaza de arriba estaba todo el comercio, donde se mantenía la Casa del Corregidor, Carcel, Carniceria, y las casas de los Caballeros mas principales de la ciudad: necesitaban una fuente, por no bastar para el mucho gentio las cisternas, y argibes que avia en el castillo y evitar la molestia diaria de baxar a el Rio por el agua...” (123).

Seguidamente describe el trazado del ingenio, desde la formación del acueducto para tomar el agua y su conducción hasta la fábrica de los arcos del acueducto, mediante el cual era elevada hasta la Plaza de Arriba, su elevado costo y la penuria económica de la ciudad:

“...en el sitio comunmente llamado de la Mesta. Aquí determinaron apartar las aguas de el Rio, para la Fuente que avia de venir à la Ciudad; y para esto hizieron una obra igualmente costosa, y admirable, digna de mas cuidado de el que aora se tiene en conservarla: pues para la conducción de las aguas, rompieron por peñas vivas media legua de monte, en que se gastaron quarenta mil ducados. Fueron abriendo azequia, y encaminandola a el Cerro de San Christoval: pero como entre éste, y el de la Ciudad media el collado, y camino que basa à nuestra Señora de Cortes; para igualarlos, se hizo la obra maravillosa de los Arcos, mucha parte de ellos en dos ordenes, unos sobre otros; y éstos duplicados eran los que miravan a el camino de Cortes. Antes que se concluyesse la fabrica, se consumió el caudal de los propios...” (124).

Sin escrúpulos compara esta construcción a la de los Caños de Carmona y el acueducto de Segovia, afirmando además que “se admiraba en las Castillas” (125). Mayor fue el asombro de nuestro fraile-historiador cuando durante su investigación conoció las cuentas de los gastos realizados, escribiendo: “fueron tan excesivos, que parece no alcanza el guarismo a numerarlos” (126).

La obra, iniciada probablemente en la segunda mitad del XV, no se había finalizado al iniciarse la siguiente centuria, y el Concejo había agotado los propios. Sus oficiales acuden en 1500 a los Reyes Católicos para obtener licencia para poder repartir “Algunas cantidades... para la continuación de la obra” (127) y la Real Chancillería de Granada autorizó la petición. Hubo de acabarse esta obra en la primera mitad del siglo XVI pero tan débil, que en la segunda mitad ya se encuentra arruinada. La economía alcaraceña, por otra parte no es más boyante que antes. En 1555, Carlos I, autorizaba al Concejo para reanudar las obras del acueducto, pagando el costo de los propios (128). En 1571 en lugar de reedificar

(123) *Ibidem*, pp. 89-90.

(124) *Ibidem*, p. 90.

(125) *Ibidem*, p. 91.

(126) *Ibidem*, p. 90.

(127) *Ibidem*, pp. 91-92.

(128) Aurelio PRETEL MARÍN, op. cit. (64), p. 47.